

daciones que le dan un encanto indefinible, y que es precisamente lo que se trata de conocer.

Yo no os engañaré, Sres., si os digo que su inteligencia tenía por don y por signo lo que llamamos el sublime. El sublime es la elevación, la profundidad y la sencillez concentradas en un solo foco y emitidas á la vez. Cuando se anuncia al viejo Horacio que su hijo ha huido del combate en que se decidía la supremacía entre Alba y Roma, y que viendo su indignación se le dice para aplacarlo: „Qué queriais que hiciese contra tres?” El anciano responde esta palabra tan célebre: „Qué muriese!” La palabra es sublime: es el grito del deber salido instantáneamente de una grande alma, que nos eleva derrepente sobre todas las debilidades que hablan en nosotros contra el sacrificio de nosotros mismos. Nada es mas sencillo; pero nada es mas elevado ni mas profundo. Dios ha dado al hombre la facultad de alcanzar el sublime en sus acciones y en sus escritos; mas estos son momentos raros y fugitivos. Los mas grandes hombres han sido sublimes cuatro ó cinco veces en su vida, como Cesar cuando decia al barquero que lo conducía en medio de una tempestad: „Qué temes? llevas á Cesar.” La sencillez falta demasiado frecuentemente en las mas bellas acciones, ó bien cuando son sencillas, no nos arrebatan bastante alto, ó no contienen en su seno una profundidad que dé suficientemente en que pensar. Lo mismo sucede en nuestros escritos. No es raro encontrar en ellos armonía, gracia, belleza, pudiendo muy bien considerarse como un rio que nos conduce por entre riberas amenas y llenas de flores. Nos dejamos llevar de este atractivo leyendo, sin advertirlo, páginas enteras. Repentinamente y como por acaso, los cabellos se erizan, la respiración se hace difícil, la piel se contrahe, y un frio puñal penetra hasta el fondo del alma. . . . Es el sublime que ha aparecido. No es mas de una aparición momentánea y por este motivo nos saca de nuestro estado natural, haciéndonos una especie de violencia imprevista y corta. No sucede lo mismo con Jesucristo. Sus acciones y sus pa-

labras están marcadas con una elevación, una profundidad y una sencillez continuas, que hacen que el sublime esté como naturalizado en ellas y que no nos causen ya admiración, sin perder no obstante cosa alguna de su imperio sobre el alma. Por esto es que despues de tantas obras maestras de los mas famosos literatos, el Evangelio ha venido á ser un libro único en el mundo, un libro reconocido inaccesible á la imitación. *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1) dice Jesucristo. ¿Qué cosa mas sencilla? Y no obstante cómo nos vemos de improviso encima de la tierra! El angel que arrebató á Habacuc y lo llevó desde su campo hasta Babilonia no fué mas rápido. Tres palabras han bastado para trastornar nuestras ideas sobre la bienaventuranza, sobre el valor de las cosas mundanas, sobre el objeto de la vida, para apartarnos de la codicia terrestre, y hacernos cerner alegremente, como el águila, arriba de los reinos y de los imperios. *¡Bienaventurados los pobres de espíritu!* se repetirá por todo el mundo; el alma que haya entendido una vez esta frase volverá á ella sin cesar y encontrará siempre una mano oculta que la arrebatara. La meditación descubrirá, profundizandola, tesoros inagotables, una economía social nueva que cambiará las relaciones de los hombres entre sí, que ennoblecerá el trabajo y las penas, que abolirá la esclavitud y hará de la pobreza una profesion tan útil como santa. Tal es el Evangelio, es decir Jesucristo, desde su principio hasta su fin, y no se puede definir mejor aquella soberana inteligencia, sino diciendo que habia recibido de Dios el don de la sublimidad continua.

Por lo regular los grandes ingenios consumen toda la fuerza de que están dotados en sus mismos pensamientos, y no pueden dar á su corazón mas de un impulso debil y secundario. Esto es sobre todo notable en los fundadores de imperios y de doctrinas, hombres frios, soberbios, dueños de sí mismos, que miran á la humanidad en un grado muy inferior á ellos, y que la

(1) San Mateo, cap. 5. ver. 3.

agitan en el secreto de sus designios, como el viento agita un campo de trigo que ya está maduro y solamente aguarda la mano del cegador. La concepcion de sus planes los absorbe; el buen éxito los corrompe justificando su orgullo: los reveses los ecesasperan, y todo los impele al desprecio del género humano que para ellos no es sino un pedestal en pie ó por tierra. Aun cuando no descendan tanto en la degradacion del corazon, no les es permitido elevar tan alto su facultad de amar como su facultad de concebir. La mirada del águila no es dada por la naturaleza al ojo de la paloma. Se notan estas gradaciones hasta en los escritores. Racine, perdonadme estas comparaciones, Racine es tierno; Corneille lo es mucho menos, porque su genio se aprocsima mas al sublime. Se siente en él algo de heroico y de duro, como en aquellos Romanos de quienes él mismo ha dicho:

Et je rends grâce au ciel de n' être pas Romain,  
Pour conserver encore quelque chose d' humain.

Pues bien, Jecucristo, bajo este respecto, es una escepcion para siempre memorable y sin esperanza de ser reproducida, si no es de lejos, en aquellos que lo toman por maestro de su alma. Él ha llevado el poder de amar hasta la ternura, y hasta una ternura nueva que ha sido necesario crearle un nombre, y que forme un género aparte en el análisis de las afecciones humanas: quiero decir la uncion evangélica. Jecucristo ha sido tierno con todos los hombres: Jecucristo ha dicho de ellos estas palabras: *Todo lo que vosotros hicieris al mas pequeño de mis hermanos, es á mí mismo á quien lo habreis hecho*: (1) Palabras que han sembrado en el mundo la fraternidad cristiana y que diariamente aun producen el amor. Él ha sido tierno con los pecadores: se sentaba á su mesa, y cuando el orgullo doctrinal le echaba esto en cara, respondia: *Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos*. (2) Si descu-

(1) S. Mateo, Cap. 25. ver. 40.

(2) S. Mateo Cap. 9. ver. 12.

bre un publicano subido sobre un árbol para verlo, le dice: *Zaqueo, descende presto porque es menester hospedarme hoy en tu casa*. (1) Si una muger pecadora se acerca y se atreve hasta á verter perfumes sobre su cabeza, con grande escándalo de una numerosa concurrencia, le infunde confianza con esta inmortal alocucion: *Muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho*. (2) Si se le presenta una muger adúltera, para obtener una sentencia que lo comprometa por su dulzura misma, responde: *El que de entre vosotros se encuentre sin pecado arrójele la primera piedra*. (3) Él ha sido tierno para con su patria ingrata y parricida, y viendo de lejos sus murallas lloraba diciendo: *Jerusalen! Jerusalen! que matas los profetas y apedreas aquellos que á tí son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos como la gallina allega sus pollos debajo de las alas y no quisiste?* (4) Él ha sido tierno con sus amigos, hasta el grado de lavarles los piés y permitir á un hombre sumamente jóven que reposase sobre su pecho en uno de los momentos mas solemnes de su vida. Aun en el suplicio, él ha sido tierno para con sus verdugos, y elevando su espíritu hácia su padre decia: *Padre, perdonalos porque no saben lo que hacen*. (5) Ninguna vida presenta sobre la tierra un tegido igual de luz y de amor. Cada palabra de Jecucristo es un acento de ternura y una revelacion sublime; en el momento mismo en que nos abre con su mirada las puertas del infinito, nos estrecha con sus brazos sobre su seno. Vuela el hombre con el pensamiento; pero es al mismo tiempo detenido por la caridad.

Y, cosa que no debemos olvidar, la ternura de Jecucristo, aunque sin límites va acompañada de una pureza sin tacha. Es difícil á los que han recibido un alma sensible á los afectos del amor, el contener este don precioso en castos y puros lími-

(1) S. Lucas, Cap. 19 ver. 5.

(2) Ibid. Cap. 7. ver. 47.

(3) S. Juan, Cap. 8. ver. 7.

(4) S. Mateo, Cap. 23. ver. 37.

(5) S. Lucas Cap. 23. ver. 34.

tes; esta dificultad es objeto de un combate supremo en el cual se vería el hombre tentado algunas veces ó á que le pesase poseer semejante don, ó á desear en su uso alguna mas libertad. Jesucristo no ha conocido esta pena: lleva su amor en un vaso tan puro, que la sombra misma de la duda no se aproxima á su corazon, y que diez y ocho siglos de una posteridad que ha buscado sus defectos, no se han atrevido á decir una palabra que indique sospecha contra su virtud. El carácter de su ternura es el ser inefablemente casta.

Queda Sres., una cosa que considerar para que acabemos de apreciar como es debido el carácter de Jesucristo, y para que concluyamos en seguida, de su carácter su sinceridad. Una inteligencia sublime, un corazon tierno, no bastan para constituir una voluntad capaz de grandes resoluciones. La voluntad es un mundo á parte, en que la debilidad, á despecho de nuestras miras y de nuestras afecciones, lleva con demasiada frecuencia el timon. El carácter de Jesucristo, bajo este respecto, es la certidumbre absoluta de sí mismo. Nadie se ha propuesto un fin mas difícil: queria ser reconocido como Dios, amado como Dios, servido como Dios, adorado como Dios: parece que su voluntad debiera algunas veces doblegarse bajo una carga tan pesada, y que á lo menos debia recurrir Jesucristo á todos los medios humanos capaces de asegurar el éxito de tan gigantesca ambicion. Nada de esto, Sres., Jesucristo ha despreciado todos los medios humanos, ó mas bien se ha abstenido de ellos.

La política ocupa el primer lugar entre los medios de esta clase. Ella es el arte de apoderarse en un momento oportuno, de la tendencia de los espíritus, de reunir opiniones é intereses que buscan satisfaccion, de presentir lo que quiere un pueblo que no siempre tiene un conocimiento exacto de lo que desea, de constituirse, con ayuda de las circunstancias, su representante natural, y de impelerlo un dia sobre una pendiente que nos llevará con él por cincuenta años. Tal es la política, arte ilustre, de que se puede usar en bien ó en mal, y que es la fuente de las vicisitudes felices ó desgraciadas de

las naciones. Jesucristo se hallaba admirablemente colocado para hacerse el instrumento de una revolucion que habria servido á sus designios religiosos. El pueblo á quien debia su origen, habia perdido, bajo el yugo de los romanos los restos de su antigua nacionalidad: el odio á Roma habia llegado al colmo, y cada dia los desiertos y las montañas de la Judea veian formarse bandadas libertadoras al mando de patriotas dotados de audacia ó de consideracion. Estos movimientos eran auxiliados por profecías célebres, que habian anunciado con mucha anticipacion al pueblo judio un caudillo y un salvador. La relacion de estas ideas y de estos intereses con el nuevo reino cuya próxima llegada anunciaba Jesucristo, era manifiesta. Sin embargo, lejos de aprovecharse de estas circunstancias y servirse de ellas para sus designios, las desprecia enteramente. Se le pregunta, para sondearlo, si se debia pagar tributo al César; se hace llevar una moneda, é informándose de quien es el tipo é inscripcion responde friamente. *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.* (1) Él va mas lejos. Anuncia la ruina temporal de su nacion: habla contra el templo, objeto de la veneracion religiosa y patriótica de los judios, y predica abiertamente que no quedará de aquel piedra sobre piedra; lo que fué causa de que se pusiese esta queja en el número de las acusaciones intentadas en su contra ante la suprema magistratura.

Su doctrina muy favorable al pueblo y á los pobres era á propósito para conciliarse una gran popularidad, lo que es un resorte admirable para las revoluciones. Obtiene en efecto tal ascendiente sobre el pueblo que se le quiere elegir rey de Israel; mas huye para evitar este honor y despedaza entre sus manos un arma que el vulgo de los grandes hombres hubiera estimado como un don del cielo y su tácita aprobacion,

Despues de la política viene la fuerza que es su apéndice, pero que se le puede considerar independientemente de las causas que la comunican de ordinario. En nada se empeña

(1) S. Mateo, Cap. 22. ver. 21.

mas Jesucristo que en disuadir á sus discípulos de atenerse á la fuerza y hacer uso de ella. Los envía, dice, como corderos; les anuncia toda suerte de aficciones sin darles otro socorro, mas que la paciencia, la dulzura y la humildad. Si olvidados de sus lecciones, invocan el fuego del cielo sobre una ciudad que no los habia recibido los reprende por no conocer *de que espíritu son* (1) En el momento de su prision, cuando podria haberse defendido y cuando un apóstol saca la espada, Jesucristo le dice: *Mete tu espada en la vaina. El caliz que me dió el Padre no lo he de beber yo?* (2) Mientras otras doctrinas piden á la victoria su sancion, (insensatas no saben que la victoria es movable y la conciencia es inmutable) Jesucristo escoje la cruz por su estandarte, y protesta contra todos los triunfos de la fuerza por el triunfo de su suplicio.

Él desdeña igualmente la ciencia y la filosofia, estos medios mas nobles y mas verdaderos de producir la conviccion. Se rodea de barqueros en lugar de rodearse de sábios, y evitando aun la apariencia de una organizacion cientifica y filosófica de su doctrina, la comunica por medio de parábolas y de sentencias sueltas. Deja á sus discípulos y á su Iglesia el cuidado futuro de mezclarle razonamientos y de ordenar todas sus partes.

En fin, aun la habilidad mas vulgar parece serle desconocida: él hace de su muerte, del tiempo en que la fé de su divinidad habrá recibido de ella tan terrible golpe, y en que no ecsistirá ya para sostener á los suyos, tiende digo, con su muerte un lazo á la fé de sus discípulos prometiéndoles que resucitará, y fundando la confirmacion de toda su vida en esta prueba que no puede terminar, no siendo Dios, sino por una innoble supercheria ó por un estrepitoso mentis.

Yo no conozco, Señores, otros medios humanos de fundar algo sobre la tierra, que los que acabo de analizar: la política,

(1) S. Lucas, Cap. 9 ver. 55.

(2) S. Juan, Cap. 18. ver. 11.

la fuerza, la ciencia, la filosofia, la habilidad. Jesucristo se ha abstenido de todos sin escepcion, y sin embargo no ha carecido una sola hora, un solo momento, de confianza en sí mismo, de certidumbre absoluta de sí. Este continuo abstenerse de medios humanos, es presisamente lo que prueba hasta el último grado su firmísima resolucion y la energia todo-poderosa de su voluntad. No obstante, nada se hace sin medios, sin instrumentos. ¿Cuál era pues el medio ó el instrumento de Jesucristo? ¡Ah! señores, cuál era? No lo veis? Era el mismo, su fuerza interior, la conversacion que tenia dentro de sí, la posesion segura de su esencia. Los hombres tiemblan porque se ven así mismos; Jesucristo no temblaba porque se veía también. Sabia que su palabra sencilla como era, era *el camino, la verdad y la vida*: (1) la sembraba en el corazon de todos los hombres como el labrador siembra el trigo. El labrador no necesita tampoco de la política, de la fuerza, de la ciencia, de la filosofia, de la habilidad: tiene el trigo, la tierra y el cielo; abre la mano y hecha la vida. Y mientras la política humana sigue su curso, mientras la fuerza combate con la fuerza, mientras la ciencia gasta á la ciencia, mientras la filosofia de hoy entierra á la filosofia de ayer, y que el hábil es cogido en sus propias redes, el trigo caido de la mano de Dios á la mano del hombre y de la mano del hombre al seno de la tierra, el trigo sembrado, crece, enverdece, madura, se le recoge, se le come y la humanidad vive! Así hacia Jesucristo: así hace todo el que cre firmemente tener de Dios la verdad; él vive con ella primeramente, en seguida la siembra, y el mundo, *que es el campo* (2), el mundo vive por la verdad á su vez.

Resumamos, Señores. He aquí el carácter de Jesucristo, tal como el Evangelio nos lo ha revelado: con relacion á la inteligencia, sublimidad continua: respecto al corazon, ternura esta é inefable: en cuanto á la voluntad, certidumbre absolu-

(1) San Juan, cap. 14, ver. 6.

(2) San Mateo, cap. 13, ver. 38.

ta de sí mismo. Ahora bien, este carácter es incompatible con el vicio innoble que no me atrevo ni aun á nombrar; tan lejos está de vuestro pensamiento. Jesucristo era sincero porque era un espíritu sublime; era sincero porque su corazón estaba abierto para todos los hombres como un santuario de ternura y de castidad; era sincero porque tenía la certidumbre absoluta de sí mismo, porque tenía fé en su palabra, porque creía en sí. Jesucristo, como el Evangelio, que no es otra cosa mas que él, Jesucristo era la sinceridad misma, y el encanto tan fuerte que se experimenta mirándolo y escuchándolo, proviene del esplendor de su fisonomía moral que pasa todo entero al exterior.

Y bien! me direis, Jesucristo era sincero, y qué mas? otros muchos lo han sido. Poco á poco, Señores, pensadlo bien. Jesucristo siendo sincero, creía lo que decía: él decía que era Dios; lo ha dicho á sus discípulos y á sus amigos, lo ha dicho al pueblo, lo ha dicho á la magistratura suprema de su país: ha sido sentenciado y ha muerto por esta afirmación: luego creía que era Dios. Mas no podía creerlo si no lo era, porque es imposible engañarse uno sobre un hecho de conciencia tal como el de su propia personalidad, á menos de estar loco; Jesucristo no estaba loco y era sincero: luego era Dios. Aquí por una escepcion que depende de la naturaleza misma de la cosa, la cuestión de sinceridad se confunde con la cuestión de la realidad. Y no es este un descubrimiento mio propio, no es una vana investigación de mi espíritu. Hace mucho tiempo, Señores, que gravando el Evangelio en el entendimiento de los que lo leen atentamente, la sinceridad de su héroe, persuade de su divinidad sin otro argumento. Mientras la Iglesia católica, hija y esposa de Jesucristo, demuestra la divinidad de su fundador por la divinidad de su propio carácter, el Evangelio obrando de otra manera, prueba á los hijos de la Iglesia la divinidad del que la ha fundado. Y esta impresión es comun á edades bien diversas, á las tres edades del hombre, tan natural es ella y tan fundada está sobre la verdad.

A los doce años, en la flor de nuestra vida, se nos ha leído el Evangelio, se nos ha hablado de Jesucristo: su palabra nos ha parecido muy sencilla, muy dulce, muy amable; hemos creído en ella con la sencillez, la dulzura y la amabilidad de nuestra propia alma. Mas con demasiada frecuencia se disminuye esta primera impresión y aun se borra enteramente; la razón se engrandece con sus derechos reales, las preocupaciones del exterior penetran en nosotros, las pasiones del interior se enardecen al sol de nuestros años, y Jesucristo cae poco á poco del altar en que lo habían colocado nuestras primeras adoraciones. Este periodo dura algún tiempo. Los años pasan sobre nuestra cerviz, hasta el día en que la razón, hecha mas personal y mas fuerte, hace que nos avergonzemos de nuestra fé á lecciones sin autoridad, y en que nuestras mismas pasiones, ilustradas por su dominación, nos impelen por laxitud á instintos de arreglo, de deber y del mas grande respeto hácia nosotros mismos. Es una hora bendita entre las otras, la hora en que entramos en el orden por la libertad misma, por aquella divina libertad de la juventud que la Providencia nos ha preparado y que ninguna ley puede arrebatarnos. Si cae entonces el Evangelio en nuestras manos y lo leemos por segunda vez, no es raro que Jesucristo nos afecte de nuevo, y con un imperio que no le disputaremos ya, porque nosotros mismos se lo hemos dado en una edad en que no hay otra cosa que alegue contra él mas que pasiones juzgadas é ignorancias vencidas. Esta segunda lectura del Evangelio, Señores, es la que hacemos juntos.

Hay otra lectura que podemos llamar tercera, menos feliz que las dos primeras, porque es mas tardía, pero que presta á Jesucristo el tributo del hombre en su madurez, y que ha producido confesiones dignas de eterna memoria. Mientras el siglo diez y ocho se complacia en ultrajar al hijo de Dios, se encuentra en el seno mismo de aquel colegio que lo atacaba, un hombre que no creía mas que los otros, un hombre tan célebre como los otros, mas célebre que todos, con escepcion de

uno solo, y que tuvo sobre ellos el privilegio de sentir impulsos sinceros. Dios lo quería así para no dejar su nombre sin testimonio entre aquellos mismos que trabajaban en destruir su reinado. Este hombre pues, en el colmo de su gloria, iniciado por el estudio en los siglos pasados, y por su vida en el siglo del que era un ornamento, tuvo que hablar de Jesucristo en una profesión de fé, en la que quería resumir todas las dudas y todas las certidumbres que sus meditaciones sobre las cosas religiosas habian dejado en su espíritu. Después de haber tratado de Dios de una manera digna, aunque confusa, habla del Evangelio y de Jesucristo. Allí, aquella alma fluctuante entre el error y la verdad, pierde repentinamente su perplejidad, y con una mano firme como la de un mártir, olvidando su época y olvidándose á sí mismo, el filósofo escribe la página de un teólogo, una página que debia ser el contrapeso de la blasfemia: *Destruid al infame*, y que termina con estas palabras que todas las bóvedas de la cristiandad repetirán hasta la última venida de Jesucristo: “Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.”

Podria creerse que la fuerza de esta confesion no seria ecседida, ya se considere la capacidad del génio que la habia escrito, ó la autoridad de su falta de creencia, la gloria de su nombre y las circunstancias del siglo que habia sido condenado á sufrirla. Nada de esto, Sres. Otro hombre, otra elocuencia, otra gloria, otra incredulidad, otro siglo, otra confesion se han encontrado, y mas grandes todas estas cosas tomadas juntamente, si no es que lo sea tambien cada una tomada con separacion, que el hombre, la elocuencia, la gloria, la incredulidad, el siglo y la confesion que acabáis de oír. Nuestra edad pues se abre con un hombre que ecседió á todos sus contemporaneos, y que nosotros que hemos venido al mundo mas tarde, no hemos podido igualar. Conquistador, legislador, fundador de un imperio, tuvo un nombre y un pensamiento que están aun presentes en todas partes. Después de

haber ejecutado, sin pensarlo, la obra de Dios, desapareció concluida esta, y se ocultó como un astro apagado en las aguas profundas del Oceano Atlántico. Allí sobre una roca gustaba recordar los sucesos de su vida, y remontándose á otros personajes con quienes tenia derecho de compararse, no pudo dejar de descubrir, sobre el teatro ilustre de que hacia parte, una figura mas grande que la suya. La contempla con frecuencia, porque la adversidad abre paso en el alma á rayos de luz que la prosperidad no discierne. La figura volvía siempre; fue preciso juzgarla. Una de las noches de aquel largo destierro que expiaba las faltas de lo pasado é iluminaba el rumbo del por venir, el conquistador decaido pregunta á uno de sus pocos compañeros de cautiverio, si podria decirle lo que era Jesucristo. El soldado se escusa; habia tenido demasiado que hacer desde que estaba en el mundo para ocuparse de esta cuestion. “Qué! replicó dolorosamente el interlocutor, tú has sido bautizado en la Iglesia católica y no puedes decirme, á mí, sobre esta roca que nos devora, lo que era Jesucristo? Pues bien, yo te lo diré.” Y abriendo entonces el Evangelio, no con la mano, sino con un corazon lleno de su espíritu sublime, se pone á comparar á Jesucristo con él mismo y con todos los mas grandes hombres de la historia: observa las diferencias características que ponen á Jesucristo á parte de toda la humanidad, y después de un torrente de elocuencia que ningun Padre de la Iglesia hubiera desaprobado, terminó con estas palabras: “En fin, yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.”

Esta proposicion. Señores, resume todo lo que yo he querido decir de la vida interior de Jesucristo, y la impresion que experimenta tarde ó temprano todo hombre que lee el Evangelio conciensudamente. Vosotros que sois jóvenes todavía, vosotros vivireis; vosotros vereis á los sábios, á los literatos, á los príncipes y á sus ministros; vosotros presenciareis elevaciones y ruinas; hijos del tiempo, el tiempo os iniciará en los secretos del hombre, y cuando los conozcais, cuando ten-

gais la medida de lo que es humano, un día quizá, descendiendo de las alturas á que aspirais, direis á vuestro turno; Yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.

Un día tambien gravará la Francia estas palabras sobre la tumba de su gran capitan, y brillarán allí con un esplendor mas inmortal que el sol de las Pirámides y de Austerlitz.

## CONFERENCIA

### TRIGÉSIMA OCTAVA. DEL PODER PÚBLICO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Sres.—Jesucristo nos ha dado su palabra de que era Dios: él ha probado la sinceridad de su palabra por su carácter: luego era Dios. Pero es esta toda la prueba de su divinidad? Sin duda, la palabra, es decir la afirmacion de sí mismo es la primera manifestacion de los seres dotados de inteligencia; sin duda, el carácter, es decir la espresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda manifestacion natural de los propios seres; pero esto es todo? no hay nada mas allá? Y aun cuando bastase esta demostracion para las relaciones vulgares que los hombres tienen entre sí, seria ella suficiente cuando se trata de las comunicaciones de Dios para con los hombres? No, evidentemente no. Porque en fin, es necesaria cierta penetracion para juzgar del carácter de una persona, se necesita tambien tiempo; en un día no se descubre por entero una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, Sres., cuando hace tanto como venir al mundo, es manifesto que á la primera vez debe haber en su aparicion alguna cosa que escluya la duda, que escluya el debate, que escluya el tiempo, que es-

cluya aun la ciencia, alguna cosa que sea capaz de reconocerse por todos y al instante, alguna cosa, en una palabra, que sea el poder público de Dios y revele infaliblemente su presencia y su accion. Así como ecsiste para la soberanía temporal una espresion cierta de su magestad, así tambien debe haber para Dios un modo eminente y propio de él, por el cual, llegando á mostrarse, toda inteligencia, á menos de una rebeldía insensata, se doblegue y diga: él es. Cuál es este modo de manifestacion que yo he llamado el poder público de Dios? En qué consite? Jesucristo lo ha poseído? Cuáles son las objeciones á que da lugar y la respuesta que las destruye? Tal es, Sres., el vasto campo que vamos á recorrer el día de hoy.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que contiene en sí y que constituyen su naturaleza. Ahora, todo ser, sea el que fuere, no contiene sino tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia que es lo esencial del ser, la fuerza que es su actividad, la ley que es la medida de su accion. Si echamos una mirada sobre el último de los seres, sobre el ser tan próximo de la nada cuanto sea posible, encontraremos en él estos tres elementos. Así el átomo tiene una sustancia, una cosa que se sostiene, que se mueve, una cosa que no podemos analizar, pero que hemos llamado con un nombre misterioso, que quiere decir lo que está debajo y que sostiene todo lo que está encima. El átomo tiene una fuerza de resistencia: para quitarlo de su lugar se necesita un movimiento, por ligero que sea, y sin este movimiento él permanecerá allí. Tiene una fuerza de cohesion por la cual sus partes se mantienen juntas, una fuerza de afinidad por la que atrae hacia él otros átomos, porque esa es su vocacion, como la vuestra es engrandeceros. Tiene una fuerza pasiva por la cual recibe la luz, el calor y todos los fluidos de que su vida oscura, pero sábia y profunda, tiene necesidad. En fin, su sustancia y su fuerza están arregladas por una ley; él no está solo en el mundo, está ligado con otros seres, sufre influencias como se sufre la suya; tiene una medida en su accion, como los otros tienen una medida en su accion sobre él. Sustancia, fuerzas,